



La sombra de
Magui aún está
en el jardín Sylvia
Lagarda-Mata



DESTINO

La sombra
de Magui
aún está
en el jardín

Sylvia
Lagarda-Mata

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1487

© Sylvia Lagarda-Mata, 2020
Derechos de edición negociados a través de Asterisc Agents

© Editorial Planeta, S. A. (2020)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-233-5675-1
Depósito legal: B. 26.450-2019
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

—Nunca supimos si la niña había muerto. De hecho, jamás volvió a saberse nada de ella.

Marc sondea en silencio los ojos de su madre con los suyos, de color acero, sorprendido, como si no acabara de creerse lo que oye.

—¡No me lo habías contado nunca! —exclama finalmente.

Júlia se encoge de hombros.

—Hace tanto tiempo de eso... Ni siquiera yo he pensado demasiado en ello.

Los ojos curiosos de Marc van otra vez a la fotografía de tonos sepia. La niña lo mira sonriente, con aire algo burlón, inconsciente de su destino. Es bonita. Con tirabuzones claros (¿rubios?; es difícil adivinarlo en una fotografía como esta) y un sombrero adornado con flores. Parece escapada de una película de los años veinte: vestidito de encajes largo hasta media pierna y lazada enorme en la cintura y zapatos de charol, blancos, sobre unos calcetines también blancos. Incluso su rostro posee la suave expresión de un tiempo antiguo en que las niñas bien eran finas y dulces y de mejillas sonrosadas.

—Elsa, mi abuela, casi nunca hablaba de eso —añade Júlia—. Claro que ella también era muy pequeña cuando...

—¿Qué fue exactamente lo que ocurrió? —pregunta Marc, con una curiosidad entre el morbo y la fantasía.

—Pues eso: desapareció. La noche de la verbena de San Juan. Se llamaba Marguerite. Magui. Era algo mayor que mi abuela; debía de tener unos... seis o siete años. Esta es Elsa.

Señala a otra niña de la fotografía; una menudita, de unos cuatro años, de cabellos morenos, con unos grandes ojos sorprendidos por la magia de la cámara que la enfoca. También va muy elegante, con una falda acampanada. Se parece un poco a su hermana, pero no es tan bonita.

—¿Y estas dos?

—Las mayores —explica Júlia—. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaban. Y la abuela no hablaba nunca de ellas.

Marc toma la enorme lupa que tiene encima del escritorio y la desliza por la fotografía, resiguiendo los rasgos de las minúsculas figuras. Repasa los rostros de las dos jovencitas. Las hermanas mayores de su bisabuela Elsa. No parecen hermanas. Una de ellas es ya una mujer; dieciocho o diecinueve años, tal vez. Es feota. El pelo negro y encrespado, una mueca de enojo en el rostro y ademán displicente. Es un poco gorda y de pecho generoso, y el vestido, más sobrio que los de las niñas y largo hasta los tobillos, no le sienta nada bien. La otra es una adolescente de rostro muy pálido y lánguido y cabellos lisos de un rubio claro. Marc la señala con la lupa.

—Esta tiene aire de extranjera.

Júlia se obliga a desviar los ojos del revoltijo hipnótico que es el loft de su hijo.

—Mi bisabuela era francesa —recuerda—. Quizás por eso las niñas se fueron a Francia cuando ocurrió la... desgracia.

—En aquella época debió de ser un escándalo... —dice Marc, con un cierto grado de excitación en la voz.

—Supongo que sí. Y más en una familia como la de los Viladalba.

Cae el silencio entre madre e hijo. La claridad de la tarde de primavera se escapa poco a poco de los contornos de los objetos. Pronto se fundirá en el suelo de la terraza, cruzará dulcemente el jardín y desaparecerá reptando tras los tejados del Putxet.

Marc no puede apartar los dedos ni los ojos de las fotografías. La fascinación le ha dibujado un surco entre las cejas. Acerca la lupa al rostro de Magui... Tan bonita...

—Marc, hijo...

Tan dulce... Tan... antigua... Lo embriagan las imágenes.

—Hijo, deberías ponerte manos a la obra —le exhorta ahora Júlia, haciéndolo aterrizar de golpe en medio del caos que los rodea—. ¡Esto no va a ordenarse solo, por arte de magia! ¿Quieres que te eche una mano?

La ha puesto en la puerta. Con suavidad, pero con firmeza. Este es su territorio. Sabe que ella se siente feliz por tenerlo cerca de nuevo, aunque sea con una felicidad tan poco alegre. Pero ahora la bu-

hardilla es suya, el revoltijo es suyo, ¡y ya le meterá mano cuando le apetezca!

Sobre la mesa de estudio, sobre carpetas y libros mal amontonados, Marc esparce la docena de fotografías, pequeños retazos de cartulina sepia muy descoloridos, abarrotados de personajes. Sus antepasados. Las niñas, los adultos... Damas con vestidos de opereta costumbrista y hombres con elegantes americanas, chalecos, cuellos duros y sombreros canotier. Se ve también a una mujer vestida de negro de pies a cabeza, con un cuello ceñido bajo la barbilla. Parece relativamente joven, entre veinticinco y treinta años, a pesar de la indumentaria que la envejece. Exhibe un porte servil. Debe de ser una criada. Y hay un perro perezoso, un dálmata, tumbado en el suelo posando para la foto. Y un coche enorme y reluciente, de color obsidiana, con una matrícula que no alcanza las tres cifras y un chófer con gorra de plato, casaca abotonada y bombachos apoyado en el capó. Eso también es historia. Historia cercana. De la que no aparece nunca en los libros que se usan para escribir tesis doctorales sobre el siglo XIX. Él lo sabe mejor que nadie...

Junto al escritorio de Marc, abierto y con su contenido medio desparramado por el suelo, está el baúl de madera viejo y carcomido en el que ha encontrado las fotografías. Y unas cuantas tarjetas de visita y facturas y esquelas y participaciones de boda y menú de restaurantes y billetes de tren y programas de ópera del Liceu. Los restos de unas vidas antiguas que han permanecido atrapadas durante años, amarilleando lentamente dentro de una caja guardada

en el interior de un armario que nadie ha abierto durante mucho tiempo.

Los restos de unas buenas vidas antiguas.

Detrás de las miniaturas de Magui y sus hermanas se ven la formidable escalinata y la enorme puerta de la mansión (sí, mansión) familiar. Tiempos dorados. Solo hay que fijarse en el coche y el chófer (y el perro) para darse cuenta de lo bien que habían vivido los Viladalba.

Y, aun así, la niña murió joven.

Ni todo el dinero del mundo...

Marc desvía sus ojos distraídos hacia otra fotografía, está enmarcada, que es de las pocas cosas que parece estar en su sitio en el escritorio. Y en su vida. Él, su padre y su madre, durante un viaje a Madeira. Un estallido de colores y de luces y de vida. Comparándolas con esta, las fotografías que ha rescatado del fondo del baúl parecen retratos de espectros. De hecho, lo son. Todos los que aparecen en ellas están ya muertos. Y la niña... la niña antes que nadie. Y, aun así, parece la más viva, con esa sonrisa enigmática, esos enormes ojos y los tirabuzones flotando junto al cuello.

Magui.

Magui, perdida para siempre.

Como Olga.

Marc compone una mueca (¿de desprecio?, ¿de resignación?). Olga no ha muerto, ni la ha raptado nadie. Sencillamente, ha salido de su vida. Es un decir, porque la llama, aproximadamente, cada quince días para saber cómo va la venta del piso...

Ahora Marc hace un gesto de impotencia, como

si quisiera ocultar la cabeza entre los hombros para exponerla menos a la vida.

Estúpida Olga.

Y estúpida Mireia.

Suelta un resoplido de aversión y desliza la mirada neblinosa a su alrededor.

El apartamento está completamente revuelto. Como su vida. Cajas a medio abrir amontonadas de cualquier manera, ropa apelotonada por todas partes, incluso en el suelo. Docenas de objetos de todo tipo esparcidos donde buenamente ha podido soltarlos. El olor a pintura nueva y limpia. Y polvo que parecía erradicado bailando en los rayos que un sol en declive logra colar en aquel desbarajuste. Sofocante. Depresivo.

Se levanta para abrir los portones que dan a la terraza. Si no ventila, volverá a pasarse la noche respirando pintura.

Solo lleva dos días viviendo allí, y todavía se siente como un forastero. A pesar de la familiar vista desde la terraza, el espacio le resulta extraño; diferente de aquella buhardilla lóbrega y polvorienta a la que solía subir, furtivo, cuando era niño. Ahora ya no queda nada de aquella romántica tenebrosidad. Nunca hubiera imaginado, cuando jugaba allí a las casas encantadas, que acabaría viviendo en ella. Ha colocado parké; ha cambiado las puertas; ha puesto ventanas de carpintería metálica y se ha instalado un baño completo. Le ha quedado un loft magnífico: en un rincón, la cama de matrimonio que salvó de la depredación del divorcio; un gran armario de Ikea que todavía huele a madera nueva —y que se ha tirado toda la

mañana montando— y un sofá, también del piso que compartía con Olga (las butacas se las quedó ella). Y la mesa de estudio, que era suya y que ahora está llena de trastos que han ido saliendo de las cajas de mudanza. Y, encima de los trastos, las fotos de color sepia.

Le gusta Magui. La niña eterna que nunca fue mayor. Apoya la fotografía en esa otra de colores donde salen sus padres, y le echa un último vistazo antes de ponerse a organizar ese desbarajuste, que hace añorar el orden que había cuando solo era una buhardilla.

¡Qué pesada su madre! Como cuando era adolescente: «¡Marc, recoge tu habitación!». Sonríe con ternura. Su madre... Se siente un poco sola desde que murió su padre... Y él siempre será *el niño*. Su único hijo. Pero se lo había dejado muy claro: compartirían cocina —eso sí—; y comedor cuando él se quedase a comer o a cenar, que sería pocas veces; y le agradecía sinceramente que le hubiera cedido la buhardilla para instalarse. Pero lisa y llanamente: él no era el hijo pródigo. Lo de ahora es una situación provisional.

Su madre lo había mirado con aquellas pupilas sabias y un poco estáticas que nunca traicionaban si se lo tomaba en serio o no. Cuando necesites algo solo tienes que pedirlo. Si te quedas a comer o a cenar, me avisas con tiempo... Y si no, buscas en la nevera. Él ya ha metido cervezas, coca-colas y pizzas. De vez en cuando la irá llenando para los dos. Pero luego, cada uno en su casa.

—¿Quieres que María suba a hacerte la limpieza?

Marc había dudado unos instantes.

—De acuerdo, pero pagamos a medias.

—Hijo...

—¡A medias!

Siempre le ha costado sacar el genio, porque es más bien de buena pasta. Pero cuando lo saca, no admite discusión alguna. «No» es «absolutamente no». Precisamente esa era una de las cosas que siempre le echaba en cara Olga.

Estúpida Olga...

Y, en el fondo, esa feroz intransigencia no es más que un punto de inseguridad hacia sí mismo. Jamás lo reconocería —de hecho, ni siquiera lo sabe— si alguien se lo reprochase. Pero ser hijo único, siempre mimado y protegido del exterior, le ha cobrado esa factura. Incluso lo ha hecho un poco ingenuo. La ingenuidad de quien creía que la vida podía ser tan sencilla como la confortable seguridad de pequeño pequeñoburgués le prometía. Por eso cuando llegaron las bofetadas le costó tanto hacerse a la idea. Por suerte para él, su instinto de ganador nato, salpicado de un humor que siempre acaba por flotar por encima de todo, le endulza ese regusto amargo que de vez en cuando se le atasca en el paladar.

Marc se levanta de su cómoda silla de despacho para ir a cerrar la puerta de la terraza; el viento primaveral se empeña en complicar el desorden, levantando las cubiertas de un puñado de libros que hay en el suelo y llenándolos de un polvillo ocre. Polen de las flores del jardín. Se queda un instante en el umbral, mirando la maceta con una hortensia con la que su madre ha querido contribuir a que la terraza

parezca menos desangelada. Marc la ha hecho pavimentar de nuevo y ha instalado una hamaca para tumbarse a leer. Y unas escaleras metálicas funcionales que bajan al jardín. Así podrá entrar y salir tranquilamente sin tener que pasar por el piso ni molestar a su madre. Al fondo del jardín hay una cancela de hierro, que es por donde entran y salen, porque los bajos de la casa, donde está la puerta directa a la calle Elisa, los tiene alquilados Júlia a una pareja de ancianos desde hace tres años, desde que se le murió el marido. La pensión de viudedad y el alquiler le permiten llevar una vida cómoda. No es la afortunada (¡más bien desafortunada!) señorita Viladalba de las fotografías de color sepia, pero vive bastante bien.

Marc contempla con un punto de cálida tristeza la carita simpática de su... ¡de la hermana de su bisabuela!

¡La hermana de su bisabuela es como decir nadie! ¿Quién sabe nada de las hermanas de las...? ¡Apenas de las bisabuelas!

¿Acaso él no se dedica precisamente a eso? A indagar, inspeccionar, escarbar en las entretelas de los antepasados de los bisabuelos. ¿No es precisamente ese el trabajo de un historiador?

De repente, Marc toma conciencia del peligro que corre: la fascinación y, acto seguido, la pasión que suelen despertar en él los enigmas antiguos pueden atraparlo. Y más ahora que aparte del trabajo tiene poco trabajo. Ni mujeres ni ganas de tenerlas. Por no tener, no tiene ni ganas de leer. Ni de ver series en Internet. Ni de salir a correr. Ni de...

¡de nada! Pero mientras va ordenando ese caos de bártulos trasladados de cualquier manera y amontonados de cualquier otra, no puede dejar de pensar en la niña desaparecida. Misteriosamente desaparecida.

Y es al recoger los restos desvencijados del baúl de donde ha rescatado ese pasado para bajarlos al jardín cuando encuentra otro sorprendente retazo de enigma familiar.

*CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS,
BIBLIOTECARIOS Y ARQUEÓLOGOS
= REGISTRO GENERAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL =*

Inscripción número (solo se lee la última cifra, un 8).

En conformidad a lo dispuesto en la Ley de 10 de enero del año 1879, queda inscrita en este Registro general, con el número (aquí se distinguen tres cifras: 745), como propiedad de D. José Antonio Viladal... (el resto no se lee), vecino de Barcelona, provincia de Id, la obra cuyo título y demás circunstancias se expresan a continuación, la cual fue presentada para su inscripción en el Registro provincial de Barcelona el día 10 de junio de 19... (imposible adivinar los últimos números), a las once y treinta minutos, e inscrita en el mismo provisionalmente con el número (los dos últimos son 72) = Título (absolutamente desaparecido).

El papel de calco, translúcido, fino y quebradizo, doblado en cuatro pliegues, es una copia en papel carbón de la cual el tiempo se ha comido la información.

Marc lo contempla con sorpresa.

¿Mi tatarabuelo escribió un libro?

Dirige de nuevo los ojos a la fotografía de Magui, la niña..., la hija desaparecida.

Y siente una emoción fluyendo por sus venas. La emoción incontenible del arqueólogo que cree haber descubierto un valioso tesoro del pasado.